

XLIX.

No te dijo mi pálido semblante
 Cuánto sufro, mi bien, por tu pasión;
 Quieres que te haga, cual mendigo triste,
 Mi boca la penosa confesión.

Es mi boca tan fiera y tan altiva,
 Que besar ó burlarse es su misión;
 Ó un sarcasmo en mis labios vibraría,
 O estallara deshecho el corazón.

L.

Quería estar junto á tí
 Y descansar á tu lado,
 Mas tú partir deseabas,
 ¡Y tenías que hacer tanto!

Yo te dije que era tuyo
 Mi corazón abrasado,
 Y tú te reíste loca
 De mi cariño insensato.

Tú continuaste riendo,
 Mi atroz despecho aumentando,
 Y hasta el beso de partida
 Me negó tu labio ingrato.

No creas que en mi tristeza
 Voy á deshacerme el cráneo.
 Todo eso, niña querida,
 Ya otras veces me ha pasado.

LI.

Resplandecientes zafiros
 Tus queridos ojos son.
 ¡Tres veces feliz el hombre
 A quien miren con amor!

Diamante que claras luces
 Fulgura, es tu corazón.
 ¡Tres veces feliz el hombre
 Por quien se abraza de amor!

Hermosos como ningunos
 Rubíes, tus labios son.
 ¡Tres veces feliz el hombre
 A quien declaren tu amor!

Si á tal hombre conociera
 Y solo le hallara yo
 En la selva, mucho tiempo
 No durarían ¡por Dios!
 Su alegría, su ventura
 Y su dicha y su pasión.

LII.

Con mi discurso amoroso
 Quise sorprender dichoso
 Tu pequeño corazón,
 Y hoy veo en mis agonías
 Que al fin mis galanterías
 Muy graves para mí son.

Si como puedes, huyendo
 Escapas de mí riendo,
 Del infierno la maldad
 Me embargará, y la tristeza,
 Y romperé mi cabeza
 Una vez con seriedad.

LIII.

Son el mundo y la existencia
Dos fragmentos descosidos;
Un sabio alemán yo busco
Que traduzca su sentido
Y un sistema razonable
Haga con ellos, solícito.
Con su bata prolongada
Y con su gorro de lino,
Tapará las hendiduras
Del caprichoso edificio.

LIV.

Es brillante la fiesta, ya de luces
Está llena la casa;
Yo contemplo una sombra que se mueve
Por detrás del cristal de la ventana.

Tú no me ves; envuelto entre la sombra
Bajo de tí estoy yo.
Y menos tus miradas llegar pueden
Al fondo de mi triste corazón.

Mi triste corazón sufre y se rompe,
Y late estremecido,
Y ardiente sangre mana, mas ¿qué importa?
Tú no lo ves, ¡bien mío!

LV.

Yo quisiera, mi bien, en una frase
Fundir todas mis penas más amargas,
Y arrojarla á los vientos bulliciosos
Para que en raudos giros la arrastraran.

Y arrastraran á tí, dueño querido,
Aquella frase de dolor cargada,
Para que á todas horas tú la oyeras,
Para que en todas partes la escucharas.

Y hasta cuando el descanso con sus dedos
Tus claros ojos plácidos tocara,
Te persiguiera la palabra triste
Hasta en los dulces sueños de tu alma.

LVI.

Tienes diamantes y perlas,
Cuanto adora la mujer;
Tienes los ojos más bellos.
¿Qué más deseas, mi bien?

Sobre tus hermosos ojos
Yo mil canciones rimé
Que ya nunca han de olvidarse.
¿Qué más deseas, mi bien?

Con tus ojos hechiceros
Mi alma llenaste de hiel;
Casi, casi me mataste.
¿Qué más deseas, mi bien?

LVII.

El que ama por vez primera
 Es un Dios, niña hechicera,
 Aunque su fiel corazón
 No encuentre en otra pasión
 De su fiel pasión el precio;
 Mas quien ama la segunda
 Y halla tan sólo desprecio,
 Al doblarse á la coyunda
 Amante, es tan sólo un necio.

Yo á ser necio me acomodo,
 Mas necio de cierto modo;
 Yo gimo desventurado,
 Y adoro sin ser amado.
 El sol con su lumbre pura,
 Y la luna y las estrellas
 Se ríen de mi locura.
 Y yo me río con ellas
 Espirando de amargura.

LVIII.

Me dieron sanos consejos
 Y previsoires avisos;
 «No hay más que tener paciencia,»
 Dijeron entristecidos,
 Pues protegerme querían
 Y abrirme paso y camino.

Mas con todos sus consejos
 Y con todo su cariño,
 De hambre aquellos tristes días
 Pudiera haber sucumbido,
 Sin un gallardo mancebo,
 Sin un silencioso amigo
 Que valiente y generoso
 A prestarme ayuda vino.

¡Gentil doncel! á él le debo
 No haber por fin perecido.
 ¡Jamás, por mucho que viva,

Olvidaré sus servicios!
 ¡Lástima fué que abrazarle
 No me fuera permitido!
 Aquel protector valiente
 Era tan solo yo mismo.

LIX.

Yo sueño: yo soy Dios; desde la altura
 Envío la tormenta,
 Y mis versos cantando, en torno mío
 Los ángeles se sientan.

Cómo alegre pasteles confitados;
 Mis fauces, nunca secas,
 Con Málaga refresco, y ya no tengo
 Ni una deuda siquiera.

Y me aburro con todo; deseara
 Aun vivir en la tierra;
 Allí, si no era Dios, darme al demonio
 A mi sabor pudiera.

—Oye Gabriel arcángel venturoso,
 El de las largas piernas,
 Ponte en camino, y á mi digno amigo
 Búscame por la tierra.

No, no le busques en las doctas aulas,
 Búscales en las tabernas;
 Búscales entre galantes señoritas,
 Y no en la oscura iglesia.—

Abre el Angel sus alas y desciende,
 Y solícito encuentra
 A Bengel, á mi amigo más querido,
 Que absorto me contempla.

—¡Sí, joven, yo soy Dios, y yo gobierno
 A mi sabor la tierra;
 Ya te tenía dicho muchas veces
 Que haría al fin carrera.

Yo sé obrar milagros que de asombro
 A los mortales llenan;
 Por tí, dar á Berlín ventura y dicha
 Hoy será mi tarea.

Quiero que de las calles de la villa
 Se abran las duras piedras,
 Y aparezca brillante en cada una
 Una ostra clara y fresca.

De zumo de limón fresco rocío
 Deseo que descienda,
 Y que vino del Rhin, dorado y bello,
 Las anchas fuentes viertan.

¡Cómo van á gozar los berlineses!

¡Ve cuál sus casas dejan!
 ¡Cómo quieren los áulicos jurados
 Tragar la fuente entera!

¡Cómo pretenden del manjar divino
 Disfrutar los poetas!
 Lamerán los tenientes anhelantes
 De la calle las piedras.

Que los bravos tenientes, de los hombres
 La clase son más cuerda,
 Y saben no se ve todos los días
 Un milagro de tal naturaleza.

LX.

Me separé de vos en los hermosos
 Días de julio, y regresé en enero.
 ¡Ay! si entonces calor, sentís hoy frío,
 Y me mostráis la frialdad del hielo.

Voy á dejaros aun; no habrá á mi vuelta
 Ni frío ni calor en vuestro pecho;
 Yo hollaré vuestra tumba sin que lata
 Mi corazón envejecido y seco.

LXI.

Miradme ya arrancado de aquellos labios frescos;
 Miradme ya arrancado de aquellos dulces brazos
 Que tiernos me enlazaban con cariñoso ardor.
 De buen grado sin duda mi marcha detuviera,
 Mas ya con sus caballos se acerca el postillón.

La vida es esta, niña; ¡una continua queja,
 Separación continua, inacabable adiós!
 ¿No pueden sujetarme tus ojos hechiceros,
 Ni unirse nuestros pechos con más potente amor?

LXII.

Toda la noche en coche, y por la sombra
 Y solos caminamos:
 Uno en brazos del otro, entre sonrisas,
 Cerró sueño de dichas nuestros párpados.

Después, cuando brilló la casta aurora,
 ¡Cuán sorprendidos, niña, nos quedamos!
 Amor, el ciego caminante, estaba
 Entre los dos sentado.

LXIII.

¡Dios tan solo sabe dónde
 Vive la loca doncella!
 Bajo la lluvia pesada,
 Y en la boca la blasfemia,
 Corro buscando su casa,
 Corro la ciudad entera.

Hotel tras hotel recorro,
 Y ejercito mi paciencia,
 De los sirvientes imbéciles
 Oyendo torpes respuestas.

De pronto, en una ventana
 Miré el rostro de mi bella,
 Que entre carcajadas locas
 Me hacía burlonas señas.
 ¿Podía yo, por ventura,
 Adivinar, niña bella,
 Que este espléndido palacio
 Habitaba mi hechicera?

LXIV.

Las casas en dobles filas
Se alzan como tristes sueños;
En mi capa rebujado
Paso ante ellas en silencio.

La media noche en la iglesia
Suena con lúgubres ecos.
Es la hora en que me esperan
De mi adorada los besos.

La luna amiga ilumina
Mi senda con sus reflejos:
Ante el umbral de mi amada
Alegre rompo el silencio.

—¡Gracias, luna! ¡vieja amiga,
Que alumbraste mi sendero!
Toma pasaporte, alumbra
Al resto del universo.

Y si hallas un triste amante
Que suspira entre tormentos,
Consuélale, como dulce
Me consolaste otro tiempo. —

LXV.

Cuando tú seas mi esposa
 Envidia dará tu suerte;
 Sólo dicha y diversiones,
 Sólo alegría y placeres.

Gruñe: mi paciencia es grande;
 Gruñe y vocifera y grita;
 Pero ¡ay! alaba mis versos,
 O te abandono en seguida.

LXVI.

Sobre tu seno nevado
 Mi frente triste se inclina,
 Y el secreto saber puedo
 Que tu corazón agita.

Los húsares sonar hacen
 Su alegre trompetería,
 Y hacen su entrada gallardos
 Por la puerta de la villa.
 ¡Mañana va á abandonarme
 La adorada de mi vida!

Mañana quieres dejarme;
 Mas hoy, hoy eres aún mía,
 Y ser dos veces dichosa
 En tus brazos necesita
 Hoy aún mi alma, que loca
 Por tus amores suspira.
